

Imprimir

La globalización es una forma de guerra de clases. Sin embargo, hoy en día la izquierda ha fracasado a la hora de ofrecer una estrategia coherente para desafiarla. En cierto punto, esto es comprensible: ante el amenazante movimiento MAGA [Make America Great Again] de extrema derecha, centrarse en los peligros de la globalización puede parecer arriesgado ya que podría alimentar sentimientos nacionalistas. Pero la verdad es que no articular una visión clara para contestar la reestructuración económica que ha destruido los medios de vida y las comunidades de la clase trabajadora en las últimas décadas permite a la extrema derecha canalizar las frustraciones de los trabajadores hacia una política nacionalista y racista. Abandonar la crítica a la globalización es ceder este terreno a la derecha MAGA. Además, hacerlo equivale a unirse implícitamente con el centro neoliberal como un supuesto baluarte contra el autoritarismo de extrema derecha, ignorando así el papel directo de las políticas neoliberales en el auge de la derecha. La izquierda debe responder al crudo nacionalismo de “América Primero” con un análisis más sustantivo y basado en un análisis de clase sobre las fuerzas que han devastado las vidas de la clase trabajadora. Esta pauperización no es el resultado de que “China” o “México” se aprovechen de “América” con “malos acuerdos comerciales” y oleadas de inmigrantes facilitadas por “globalistas” (a menudo insinuados como judíos, marxistas u otros elementos subversivos y antiamericanos). Más bien, los capitalistas estadounidenses han impulsado y se han beneficiado enormemente de la eliminación de barreras para el movimiento internacional de inversiones. Esto ha permitido a las corporaciones multinacionales (CMNs) deslocalizar la producción y los empleos, reduciendo costos laborales, fiscales y regulatorios. Mientras tanto, los trabajadores y los estados de todo el mundo han sido puestos en competencia entre sí por la inversión y el empleo, conduciendo a una “carrera hacia el abismo” en la que los salarios se han mantenido bajos y las protecciones sociales y ambientales se han reducido en todos los países.

Necesitamos una estrategia para luchar contra este proyecto de clase de la globalización. Esto comienza con una demanda de controles de capital, o restricciones a la capacidad del capital para moverse a través de las fronteras. Pero tal paso inmediatamente plantea la pregunta de qué sucede con el capital que permanece en el país. Los controles de capital deben verse no como el final, sino como el comienzo de una lucha por ganar un control

público más amplio sobre la inversión. Las preguntas de dónde se asigna la inversión, cuándo y por qué deben ser asuntos de decisión democrática, no de despotismo corporativo irresponsable.

¿Qué son los controles de capital?

Dejando de lado la retórica, la globalización no ha consistido principalmente en aumentar el “libre comercio”, sino en facilitar el movimiento libre a través de las fronteras de inversiones del capital. El capital ha sido tremendamente empoderado por su capacidad de “salir”: retirando inversiones a voluntad y reubicándolas donde los costos laborales y regulatorios son más bajos. Hoy en día, aproximadamente la mitad del “comercio” mundial ocurre dentro de las CMNs, mientras mueven bienes y capital internacionalmente; y si se incluyen las “cadenas de valor” globales organizadas por las CMNs, esta cifra salta a alrededor del 70 por ciento.

La internacionalización de la producción ha limitado el espacio para que los estados implementen reformas, ha privado a los trabajadores de poder de negociación en el lugar de trabajo y ha diezclado a las comunidades de la clase trabajadora con cierres de plantas. La desesperación y la rabia ante la creciente desigualdad, precariedad y miseria que esto ha causado están alimentando ahora la política de derecha de “América Primero”.

Una estrategia de izquierda para romper con la globalización comienza con controles de capital. En términos económicos, no hay razón para que implementar tales controles sea imposible. Las dificultades para hacerlo serían principalmente políticas, ya que enfrentarían una fuerte oposición de todos los segmentos del capital. Mientras que algunos en la izquierda han sugerido que los trabajadores pueden formar una alianza con el capital industrial para frenar las finanzas, traer de vuelta “buenos empleos” y restaurar la “Edad de Oro” del capitalismo de posguerra, en realidad la integración global de las finanzas ha sido crítica para la capacidad de las empresas industriales de mover capital alrededor del mundo. Tanto el capital industrial como el financiero se están beneficiando enormemente de la globalización, como se refleja en las ganancias récord de ambos.

Desafiar la globalización implicará, por tanto, una confrontación significativa con el poder doméstico del capital. Implementar controles de capital, a su vez, es un paso esencial para fortalecer el poder de los trabajadores y avanzar hacia un control público más amplio sobre la inversión.

Los controles de capital son regulaciones que restringen las salidas o entradas de capital. Estos controles pueden adoptar muchas formas y tamaños, incluyendo limitaciones en la capacidad de invertir en el extranjero o convertir dinero a diferentes monedas, impuestos sobre la transferencia de dinero a través de fronteras, e incluso prohibiciones totales de ciertos tipos de movimientos de capital. Pueden dirigirse a sectores específicos o a la economía en su conjunto; pueden tener como objetivo prevenir flujos de capital a corto plazo o regular la inversión a mediano o largo plazo.

Mientras que la integración de las finanzas internacionales, que ha sido central para la globalización, ha significado reducir o eliminar tales controles, estos todavía operan en diferentes formas en una variedad de estados alrededor del mundo, principalmente en la periferia global. En tales casos, típicamente buscan promover el desarrollo económico o limitar la volatilidad financiera al restringir los flujos especulativos de dinero a corto plazo.

A raíz de la severa crisis financiera asiática de 1997-98, Malasia introdujo controles de capital para limitar la especulación contra su moneda, el ringgit, y para restringir las salidas de capital del país. De manera similar, una serie de estados implementaron controles de capital tras el colapso financiero de 2008, la mayoría de los cuales se pretendía que fueran temporales, y todos ellos sirvieron los intereses del capital al apoyar la estabilización financiera y económica. China e India también han mantenido controles, en diversos grados, para gestionar los tipos de cambio de sus monedas y regular la inversión extranjera, enfrentándose a una fuerte presión de las finanzas globales para deshacer estas medidas.

De hecho, Estados Unidos y otros países capitalistas avanzados tenían controles de capital en vigor hasta la década de 1970 como parte del sistema de Bretton Woods establecido después de la Segunda Guerra Mundial. Al permitir a los estados cierta autonomía frente a la

disciplina de los flujos financieros globales, para que pudieran implementar políticas económicas independientes, Bretton Woods estableció un marco estable para la integración, consolidación y legitimación del capitalismo global y del imperio estadounidense.

Los controles de capital siempre fueron concebidos como un paso temporal en “la creación del capitalismo global” por parte del estado estadounidense. A medida que el capitalismo global se volvió más interconectado, el incubador de los controles de capital eventualmente se volvió innecesario y pudo ser descartado. Eliminar los controles ayudó a resolver la crisis de rentabilidad de la década de 1970, reduciendo los costos laborales al abrir la vasta fuerza laboral de bajos salarios de la periferia global a la explotación dentro de cadenas de producción internacionalmente integradas.

El argumento de Izquierda a Favor de los Controles de Capital

Para nosotros, los controles de capital no se tratan de promover la internacionalización del capital, ni de abordar crisis económicas a corto plazo o de aumentar la competitividad de las empresas nacionales. Los vemos como parte de una estrategia para limitar la dependencia del mercado y, de este modo, ayudar a cambiar las relaciones de poder de clase y ampliar el control democrático sobre la economía.

Bloquear la capacidad del capital para “salir” debilitaría su poder de negociación y aumentaría la fuerza de negociación de los trabajadores en la lucha por mejorar salarios y condiciones laborales. Si las corporaciones ya no pueden simplemente invertir en el extranjero para evitar atender las demandas de los trabajadores aquí, entonces podrían verse obligadas a ceder a las demandas de los trabajadores. Además, implementar controles de capital también crearía más espacio para la expansión de programas sociales que son tan esenciales para abordar décadas de devastación neoliberal, como el Medicare para Todos, la mejora y expansión de la educación pública, y similares. Restringir la movilidad del capital podría obligar al capital a aceptar reformas que no le gusten —y que ha bloqueado en parte con la amenaza de retirar inversiones.

Como James Crotty y Gerald Epstein señalan en su clásico ensayo del Socialist Register sobre el tema: “En ausencia de la implementación, o al menos la amenaza creíble de implementación, de controles de capital y restricciones comerciales, ¿qué fuerza de negociación tienen los trabajadores y la ciudadanía para forzar a los capitalistas a siquiera negociar seriamente sobre estos temas?”

Los socialdemócratas a menudo han perseguido estrategias de “competitividad progresista”, con el objetivo de mantener programas sociales y altas tasas salariales e impositivas sin desafiar la globalización. En lugar de aflojar la disciplina del mercado, tales estrategias en realidad la abrazan, ofreciendo subsidios, incluyendo la capacitación de la fuerza laboral, con la esperanza de que el capital se sienta atraído a invertir en el país.

Esto fue evidente, por ejemplo, en la promoción de la globalización y la competitividad nacional por parte del “Nuevo Laborismo” de Tony Blair en el Reino Unido, bajo el disfraz de un impulso a la “modernización” con visión de futuro. Esta orientación solo se ha profundizado desde la década de 1990, como ha sido dolorosamente evidente desde el liderazgo de Gordon Brown hasta la verdaderamente deplorable sumisión de Keir Starmer. El impulso para adaptarse a las supuestas “nuevas realidades” del capitalismo global no solo ha caracterizado a los partidos socialdemócratas de la “Tercera Vía” en lugares como Canadá y Australia, sino que también se ha extendido a los bastiones de Finlandia, Suecia y Noruega. De hecho, incluso los socialdemócratas de izquierda como Jeremy Corbyn y Bernie Sanders han evitado llamar a controles de capital.

Ahora está claro que la “competitividad progresista” ha fracasado en proporcionar una alternativa a las dinámicas neoliberales de restricción salarial, austeridad y empeoramiento de los niveles de vida de la mayoría, que han alimentado el ascenso de fuerzas nacionalistas de extrema derecha. Aceptar el continuo estancamiento de la política socialdemócrata significa abrazar una lucha más difícil por una alternativa más radical.

Desafíos de los controles de capital

Los controles de capital no son una panacea. De hecho, los problemas inherentes a tratar de “gestionar” el capitalismo significan que tales controles son inherentemente inestables. Por un lado, como con todas las reformas que amenazan los intereses del capital, las corporaciones se esforzarán por evadir y socavar los límites a su capacidad de circular libremente la inversión.

En primer lugar, existen desafíos sustanciales para implementar controles de capital dentro de un solo estado, en ausencia de un marco multilateral de coordinación internacional. Esto crea oportunidades para que el capital subvierta los controles al, por ejemplo, recurrir a mercados offshore de dólares relativamente no regulados. Incluso si se prohibiera a las empresas mantener dólares en el extranjero, podrían encontrar otras formas de mover dinero internacionalmente.

Limitar el acceso del capital a las divisas extranjeras que necesita para invertir en otros países es, por lo tanto, crítico para el éxito de los controles de capital. Sin embargo, dado que el comercio requiere comprar y vender monedas extranjeras, las empresas podrían sobrestimar o subestimar los datos comerciales para adquirir y mantener divisas por encima de sus necesidades puramente productivas. Las empresas también podrían evadir las regulaciones estableciendo empresas fantasmas para participar en transacciones internacionales.

También pueden surgir otras tensiones económicas. En la medida en que los controles de capital interrumpen las cadenas de producción globales que dependen de la mano de obra de bajos salarios, por ejemplo, los costos potencialmente más altos de producir a nivel nacional pueden trasladarse a los consumidores en forma de precios más altos. Sin embargo, la inflación no es problemática si es simplemente el resultado de un crecimiento real de los salarios (es decir, el crecimiento salarial que supera los aumentos de precios) y refleja un cambio en la distribución del ingreso. De hecho, forzar a las corporaciones a hacer concesiones a los trabajadores —incluyendo salarios más altos, mejores condiciones laborales y regulaciones laborales y ambientales que pueden imponer nuevos costos al capital— es uno de los objetivos principales de implementar controles de capital en primer

lugar.

Las corporaciones, por supuesto, harían lobby ferozmente para eliminar las restricciones. Pero los conflictos políticos generados por los controles de capital irían mucho más allá de las batallas en el Congreso. Se propagarían a lo largo de toda la administración estatal, incluyendo, pero no limitándose a, las agencias creadas para implementar los controles. No se puede esperar que los funcionarios que ven su papel como facilitadores del buen funcionamiento del capitalismo implementen automáticamente medidas que buscan desafiar explícitamente el poder del capital, y mucho menos un plan más amplio para tomar el control de la inversión.

Implementar controles de capital, entonces, requerirá el desarrollo de nuevas capacidades estatales para gestionar la economía. Si estas están orientadas meramente a asegurar la estabilidad del mercado y las ganancias o pueden convertirse en cimientos para una democratización más amplia de la inversión, dependerá de la lucha social. Mientras el control de la inversión permanezca en manos privadas, el capital posee la carta ganadora: si las ganancias son insuficientes, las condiciones económicas inestables o se siente políticamente amenazado, puede simplemente negarse a invertir.

Si el capital no quiere invertir, el público puede hacerlo. Una manera de hacerlo sería crear una Autoridad Nacional de Inversiones, que podría extender crédito a las empresas incapaces de atraer inversión privada, otro paso importante en “quitarle el capital al capital” y avanzar hacia una especie de planificación económica socialista. Dado el fracaso de los mercados para invertir en una transición verde, y por lo tanto la necesidad de que el estado juegue un papel principal en hacerlo, esta autoridad deviene urgente.

Un programa serio de izquierda para romper con la globalización podría apelar a muchas personas que sufren de cuatro décadas de reestructuración neoliberal, y quitarle impulso a la derecha MAGA. Además, a diferencia de la derecha, la izquierda socialista puede ofrecer una alternativa significativa al neoliberalismo, y de este modo resaltar las contradicciones entre la retórica nacionalista estridente de Donald Trump y su incapacidad para traer empleos e

inversiones de regreso al corazón industrial.

Ciertamente, esto conlleva sus propios riesgos de avivar sentimientos nacionalistas. Llamar a deshacer la globalización puede interpretarse como promover el mismo tipo de política xenófoba de “América Primero” que es lo opuesto al internacionalismo y la apertura cultural que deberían ser centrales para la política socialista. Por lo tanto, es imperativo que tal política esté ligada a una oposición inquebrantable a todas las formas de racismo, discriminación y opresión. Organizar un movimiento de clase trabajadora significa reconocer y defender la igualdad humana de cada miembro de la clase trabajadora, sin importar su raza, origen nacional, identificación de género, etc. El objetivo de desafiar la globalización no es promover los intereses de los trabajadores estadounidenses a expensas de otros, sino comenzar a construir un orden económico internacional que empodere a los trabajadores de todo el mundo.

Cualesquiera que sean los riesgos de exigir el fin de la globalización neoliberal, seguramente sería peor seguir cediendo este terreno a una derecha en ascenso. Solo un desafío renovado de la izquierda puede presentar adecuadamente la globalización como el producto de un conflicto de clase, con las corporaciones multinacionales y los financieros estadounidenses como los principales beneficiarios, no las víctimas, del orden capitalista global.

Stephen Maher, es professor de Economía en la SUNY Cortland y coeditor de Socialist Register. Es coautor de ‘The Fall and Rise of American Finance: From J. P. Morgan to BlackRock’ junto a Scott Aquanno y autor de ‘Corporate Capitalism and the Integral State: General Electric and a Century of American Power’.

Scott Aquanno, es professor de ciencias políticas en Ontario Tech University. Es coautor de ‘The Fall and Rise of American Finance: From J. P. Morgan to BlackRock’ junto a Stephen Maher’ y autor de ‘Crisis of Risk: Subprime Debt and US Financial Power from 1944 to Present’.

Fuente: <https://sinpermiso.info/textos/el-argumento-a-favor-de-los-controles-de-capitales>

Foto tomada de:

<https://sinpermiso.info/textos/el-argumento-a-favor-de-los-controles-de-capitales>